

GOYA

«fin de siglo»

JULIÁN GÁLLEGO

En un pequeño mueble (biblioteca de la Fundación Rodríguez Acosta, de Granada, se guardan los veintiocho tomos del «Diccionario Enciclopédico Hispánico-Americano», redactado por «distiguados profesores y publicistas de España y América», cuyos nombres silencia el editor, W. M. Jackson, del 14, Waterloo Place, Londres. Aunque los impresores sean C. H. Simond Company, Boston, el mapa de España, en colores, proceda de Muntaner y Simón, de Barcelona, y las ilustraciones que sirven de portada a cada letra llevan el anagrama A. M., que creo personalísima a Apelles Mestres. Más grave parece que omite la fecha de la edición, astucia (hoy prohibida) para que no se note el paso del tiempo en una obra que exige en sus noticias una rigurosa actualidad. En el tomo VIII (FEZZZ), en el largo artículo dedicado a «España» (pp. 746-797) se advierte que hoy ocupa el trono de España don Alfonso XIII... y como reina regente, gobierna su madre, doña María Cristina de Habsburgo Lorena» (p. 793), y una lista de artículos de imprecisión nos ofrece las estadísticas de 1889 (p.762), que es la última fecha que puedo atribuir a este cuidado mamotreto, que sólo nos brinda la cantidad total de poco más de dieciséis millones de españoles residentes en la península, ampliamente rebasados los vórtices por las hembras. Tengamos en cuenta que «el conflicto entre el capital y el trabajo preocupa poderosamente los ánimos; y que «la internacional echó raíces en Cataluña», que «la cultura pública: se ha desarrollado con gran rapidez»... que «la agricultura, la industria y el comercio... han alcanzado extraordinario desarrollo», que «las ciencias han recibido gran impulso» y que «por fin aparecen los pintores realistas... y dentro y fuera de España ganan lustre renombre y merecidos galardones». Rosales, Fortuny, Pradilla, Casado y tantos otros» (pp. 793-94). Es en esta perspectiva como el «Diccionario» de Jackson enlaza la pintura de Francisco de Goya.

El tomo X de esta enciclopedia (letra GGYU) se inicia con una compleja composición de Apelles Mestres que combina hábilmente golondrinas, gansos, gorgojos, gallinas, gringos, gatos, un gauchito, un guerrero y una galera, centrada por la mayúscula G. No nos desilusiona que en tan variada compañía no aparezca Goya, porque Jackson no lo ha olvidado, y nos refiere el nombre a un departamento argentino, rico en quesos, lo concentra en Francisco de Goya y Lucientes, «celebre pintor español, nacido en Fuente de Todal, pequeña aldea de Aragón, a 30 o 31 de marzo de 1746, muerto en Burdeos a 16 de abril de 1828: nuestro paisano, en fin, sin darle más vueltas, cuyo estudio ocupa las páginas 629-631, de a tres columnas por burba, lo que no es poco (Vélezquez no tiene más en el tomo XXIII).

Según se nos informa, Goya «abasta la edad de tres años vivió en su pueblo, en compañía de sus padres, que eran unos honrados labradores (si llegan a leerlo los interesados, dorador él y ella, hidalgo!). inquieto y travieso de niño, desde su edad más tierna pintó toda clase de borrones y figuras... Es inverosímil, a pesar de lo afirmado por Iriarte y otros escritores, que aventuras amorosas, imprudentes de sus pocos años, le obligaran a trasladarse a Zaragoza primero y posteriormente a Madrid (tiene

razón el «Diccionario», porque un niño de tres años no es capaz de tales travesuras. «Es lo cierto que Goya residió en Zaragoza seis años, aprendiendo la pintura bajo la dirección de Luzán, y que luego se trasladó a Madrid... pasando después a Roma, lleno de entusiasmo, pero faltar de recursos» 3 más 6 son nueve: pensemos que en Madrid se quedó más tiempo, porque en Roma vivió, según Jackson, de 1765 a 1769 «y para trasladarse a ella... agregase a una cuadrilla de toreros y llegó hasta un puerto de Andalucía, donde debía embarcarse, torerando de plaza en plaza... No es de extrañar que, llegase a Roma «debilitado por las privaciones, enfermo y sin más equipaje que un zurrón», lo que no es mucho. «La suerte le llevó a casa de una anciana, que condolido de su situación, acogióle con solicitud maternal: La famosa «Caridad Romana», que ha inspirado tantos cuadros con una improvisada madre dando de mamar a un viejo desvalido, reaparece aquí con un muchacho, que tiene la suerte de conocer a «Antonio Ribera y Antonio González Velázquez, con quienes trabó amistad: el uno lo dio entrada en su taller y el otro le presentó a Bayeu» (quien, por lo demás, se hallaba en Madrid). «Poco después cobraba Goya una renta que le pagaban sus parientes» (los labriegos del pueblo?) y contando con el apoyo de sus compatriotas se consagró al trabajo sin cuidados ni inquietudes. Pintó en Roma pocos lienzos, y éstos inspirados en asuntos nacionales que habían de llamar la atención, pues España, sus trajes y costumbres eran muy poco conocidos. En efecto, los embajadores de las naciones extranjeras y los aficionados cosmopolitas disputáronse las obras de aquel pintor fácil... Pero no crean los lectores del Jackson que Goya se contentó con sus españoladas: «Osoado y emprendedor. Goya solicitó una audiencia de Benedicto XIV y en pocas horas le hizo su retrato, del que quedó muy satisfecho el Pontífice y que se conserva en las galerías del Vaticano». Recomiendo que no lo busquen, ni crean los disparates, en parte inspirados por Charles Iriarte, como esa invitación del embajador de Rusia, que Goya no aceptó. Por lo demás, Benedicto XIV había muerto en 1753...

Así va enherbando el «Diccionario» sus disparates, entre ellos «una aventura amorosa (que) fue causa de que Goya regresara a Madrid precipitadamente» (en la que, por fortuna, no se habla del rapto de una monja, como en la dudosa fuente que Jackson va bebiendo), y de su «estrecha amistad en Roma con el pintor francés Louis David, a quien «debió Goya sus ideas liberales y filosóficas...». Esta amistad de Goya con David es una de las leyendas más extendidas gracias a Iriarte... y de las más inverosímiles: no caben dos temperamentos y dos estilos más distintos.

De vuelta a España, Goya aparece más verosímil en su boda con Josefa Bayeu y en su pintura de «varios frescos» (que son una cúpula y cuatro pechinas) en el Pilar de Zaragoza, «donde sufrió grandes disgustos, compensados por el éxito de su cuadro, «en competencia con todos los pintores de cámara», para San Francisco el Grande, de Madrid. Más ajustado a la realidad, nuestro «Diccionario» habla de los asensos de Goya en la Academia de San Fernando y de su nombramiento de Pintor del Rey, donde copia literalmente una carta de Goya a Zapater, oportunamente dada a conocer por el sobrino de éste (y que, recientemente, he comentado en

la edición de esa correspondencia, en facsimil, por una editora mexicana). En cambio, Jackson, despiadadamente, adelanta la muerte de Josefina diez años antes de la guerra de la Independencia, a la que apenas alude más adelante, recogiendo a cambio las leyendas del puseo de Goya joven por la cornisa de la iglesia romana de San Andrés della Valle y la de su irritabilidad, ya que «el sabio Mengs estuvo a punto de ser muerto por Goya a consecuencia de haberle reprendido algún defecto en una de sus obras» y que «a lord Wellington (le) faltó muy poco para lo mismo, por si era o no parecido su retrato» (esta leyenda, vía Trueta). En fin, que rápidamente me vemos viudo y solo en su «Casa del Sordo» y en 1822 (digamos que no exactamente), pasó a Burdeos, «donde todos le conocían por su levitón, su sombrero a lo Bolívar y su corbata blanca» (noticia proveniente de Matheron), añadiendo que «una caída que sufrió en la escalera de su casa contribuyó, más que su avanzada edad, a terminar su vida...». El anónimo autor que escribe para Jackson lamenta que los restos de Goya sigan en Burdeos, pese a que «Madrid y Zaragoza continúan disputándose el honor de poseer las cenizas...». Todos sabemos que llegaron a Madrid, donde se guardan en San Antonio de la Florida, mientras el monumento sepulcral, vacío, pasó a decorar (en un decir), la zaragozana plaza de las Catedrales.

Quizá lo más interesante, por su carácter objetivo, de esta noticia del «Diccionario» de Jackson (más que las opiniones, ya trasnochadas, de Ossorio y Ferrer del Río, sobre la devoción y el patriotismo goyescos) sea la lista de sus obras más importantes según el anónimo autor y su lugar de exposición y custodia, que ofrecen no pocas variaciones respecto a su paradero actual: en la Academia de San Fernando, las dos «Majas, vestida y desnuda; en el Ministerio de Marina, «La industria», «El estudio» (o Comercio) y «La Agricultura» (hoy, como las dos majas, en el Museo del Prado); en el palacio de San Telmo, de Sevilla, sendos retratos de Carlos IV (aunque se sea VI) y María Luisa, otro de «Asensio» (Asensio Julián?, «Doña Isabel, reina de las Dos Sicilias», «Fernando VII», «Unas manolas» y «Cabezas de estudio»; en la catedral de Valladolid, «San Pedro ofreciendo pan a un pobre»; en el Museo de Zaragoza, «Un borrón», cabezas de «Menigo y Esopo, copias de Velázquez» (habla, probablemente, de las figuras, enteras y pequeñas, de la SEAP); «Retrato de don Matín de Goicoechea»; en el Museo de París (Louvre?), «Un entierro», «El lazarrillo de Tormes», «Los horros» («La fragua», de la col. Frick de Nueva York?), «Manolas al balcón» (del Metropolitan Museum?), «Mujeres de Madrid» (?) y «Última oración de un reo» (?). El Prado figura en la lista singularmente desgarrado: sólo se ven los retratos eucstes de Carlos IV y su esposa, María Luisa, más «La familia de Carlos IV», «Un picador a caballo» y (como si se tratara de un solo cuadro) «Fusilamientos del Dos de Mayo (sic) y ataque a la caballería de Mur por el pueblo...».

Y inada más los «cartones» siguen, aparentemente, en la Fábrica de Tapices. Y «todos los demás cuadros? Es fácil percatarse de su existencia consultando varios catálogos del Museo. Omito las pinturas citadas en la Academia y en las catedrales de Zaragoza y Valencia y en San Antonio de la Florida, que siguen en su sitio. Y nos extraña la brevedad de ese catálogo, aunque su autor se excusa afirmando que «la lista completa de las obras al óleo y al fresco pintadas por Goya sería extensísima y difícil de formar».

En conclusión, alude a los aguafuertes de «Los Caprichos» (entre los que tan sólo destaca siete) y «Los desastres de la guerra», a las litografías (las cuatro de los «Toros de Burdeos», que llama «novillos») y «los celebrados tapices del palacio del Escorial...». Catálogo abrumosamente limitado e incompleto! Pero así se veía a Goya a fines del siglo XIX.

Que el difunto mister W. M. Jackson, editor, asuma la responsabilidad.